LOS COMIENZOS

Una noche cálida de mayo, cerca de la medianoche, manejé hasta una playa desierta de la bahía de Delaware. Las casas de verano de la costa estaban a oscuras y vacías; la única luz, la de la luna llena que brillaba sobre la bahía y el único sonido, el de las olas golpeteando la arena suavemente una tras otra. Justo antes de la marea alta, los cangrejos herradura, también llamados cangrejos bayoneta, comenzaron a salir del agua. Los caparazones, algunos del tamaño de un plato inmenso, eran negruzcos y raídos. Estos animales prehistóricos, emisarios de las profundidades del mar, llegaban allí a poner huevos en la playa. Yo nunca había visto algo así. Solía ir a las orillas de una ría cerca de mi casa en Gloucester, Massachusetts, en busca de cangrejos herradura en época de desove; su arribo infalible, la señal de que un duro invierno llegaba a su fin y comenzaba la primavera. Nunca había muchos; a lo sumo veía seis u ocho. Pero la bahía de Delaware alberga la comunidad de cangrejos herradura más grande del mundo. En esta playa, venían de a miles deslizándose por el agua sin el menor esfuerzo y se encallaban en la arena. Cuando la marea subía, se dejaban arrastrar hasta la superficie, se escurrían por entre las olas y se perdían de vista. Si hubiera llegado a esta playa una hora antes o una hora después, no los habría visto.

Al otro día llegó mucha más vida silvestre a las playas de la bahía de Delaware: miles y miles de aves playeras migratorias, un Serengueti de aves, una de las concentraciones de aves playeras más grandes de la costa este de los Estados Unidos. Permanecían en la bahía apenas unas pocas semanas; durante años los ornitólogos no parecieron ni siquiera advertir que estas aves pasaban por allí. Habían venido en

busca de los huevos del cangrejo herradura, y era una bandada tan multitudinaria que no se veía la arena. Entre ellos había varios millares de unas aves de color bermejo llamadas "playeros árticos" en Chile, "playeros rojizos" en Argentina. Corrían a toda velocidad por la costa, picoteando huevos de cangrejo herradura frenéticamente. ¿De dónde habían venido estos playeros rojizos con tanta hambre voraz? ¿Y cómo una dieta de huevitos diminutos del tamaño de una cabeza de alfiler podía permitirles llegar a su destino? No perdían el tiempo: habían volado más de 12.000 kilómetros para llegar hasta aquí y en dos semanas volarían otros 3.000.

Y eso era tan solo la mitad de su viaje. Todos los años, los playeros rojizos vuelan de una punta de la Tierra a la otra, ida y vuelta. Impulsada por la curiosidad, los seguí para conocer qué implica recorrer semejantes distancias, dónde se detenían en el camino, por qué elegían esos sitios y qué tenían de especial esos huevos de cangrejo herradura. Este libro es la historia de ese viaje. Comienzo donde numerosos playeros rojizos viven durante el verano austral, una playa casi inaccesible en el estrecho de Magallanes. Cuando inician el vuelo hacia el norte, me desplazo con ellos y viajo a un centro vacacional abarrotado de gente en la Patagonia argentina, a una laguna de agua salada en Texas, a una reserva de caza en Carolina del Sur. Para ver dónde hacen sus nidos durante el verano nórdico, viajo a una base ártica solitaria en la isla de Southampton ubicada en la cuenca de Foxe, donde habitan muchísimos osos polares hambrientos. Cuando acaba la temporada de reproducción y los playeros rojizos emprenden su largo regreso a Sudamérica, los despido desde las orillas cenagosas de la bahía de James en Canadá, desde el archipiélago de Mingan envuelto en bruma, desde una playa del cabo Cape Cod, bañada por las aguas cada vez más preferidas por los tiburones blancos, y finalmente desde la bahía que tengo en el fondo de mi casa.

El viaje no es fácil. Acompaño a observadores de aves y biólogos comprometidos, seguimos a las aves a pie, caminamos 15 o 20 kilómetros todos los días por el hielo y la nieve. Pasamos horas empapados bajo las lluvias torrenciales mientras contamos aves playeras. Nos escondemos en las playas ventosas con la esperanza de atraparlos en las redes. Estos playeros son escurridizos. Con la energía que les da su grasa corporal y el calor que les ofrecen sus plumas, pueden ir a donde quieran por más remoto que sea el destino. Nosotros también volamos, los buscamos desde helicópteros, intentamos oírlos desde un pequeño avión de hélice equipado con un receptor de radio y los seguimos hasta la tundra con la ayuda de pilotos de aviones especiales para los que una franja delgada de grava helada es una pista de aterrizaje. Viajamos en barco, en tren, en *komatik*, en vehículos todoterreno y en cuatriciclos, viajes que van desde los más estimulantes a los más terroríficos. Aprendo a cargar y a disparar una escopeta de calibre 12 con bastante precisión y, para mi sorpresa, me doy cuenta de que en la próxima parada la extraño.

Los playeros rojizos parecen sentirse como en casa ante los vientos huracanados que nos obligan a nosotros, los seres humanos, a permanecer en tierra, y parecen

a gusto en marismas plagadas de insectos y llenas de caimanes. Yo vivo en una zona de marisma atestada de mosquitos, pero en este viaje soy víctima de las peores concentraciones de insectos voraces que jamás haya visto. Las aves buscan su propio alimento. Gracias a su alimentación a base de pequeñas almejas y diminutos huevos de cangrejo herradura, duplican su peso antes de cada vuelo extenso. Pruebo su alimento, lo complemento con animales de caza, platos *gourmet*, galletas secas y mantequilla de maní y yo... pierdo peso. Mientras avanzamos a duras penas por regiones remotas y aisladas en busca de las aves, llevo un compás, un GPS y una radio para no perderme. Y las aves... ¿qué tienen? Hacia el final del viaje, siento mucha más admiración que cuando empecé.

La ruta no es como la imaginé. Unos cuantos retazos de arena atiborrados de gaviotas reidoras y aves playeras resultan ser uno de los focos críticos de gripe aviar de más renombre mundial. Uno de los investigadores de allí recibe financiamiento del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos. En otro estado, paso la mañana no en una playa, sino en un tribunal. Desviándome de los caminos ya señalados, exploro recodos y recovecos desconocidos que terminan siendo importantes, acompañando a los científicos en su descubrimiento de dos hábitats invernales de playeros juveniles que nunca antes se habían advertido. Su labor llega en un momento fundamental. El Servicio Federal de Pesca y Vida Silvestre de los Estados Unidos ha categorizado al playero rojizo, *Calidris canutus rufa*, como una especie amenazada según la Ley de Especies en Peligro del país, y es probable que pase a considerarse en peligro de extinción en el futuro cercano. En el camino, entiendo por qué. Me explican que los cangrejos herradura son tan importantes para nuestro propio bienestar como para el de las aves playeras. Sigo a los cangrejos herradura hasta llegar a un banco brillante de ostras en Carolina del Sur, pasando por una compañía biomédica ubicada en Charleston, para luego terminar en el Hospital General de Massachusetts, donde entiendo cómo y por qué mi vida depende de un animal que sale del agua tan solo una vez por año.

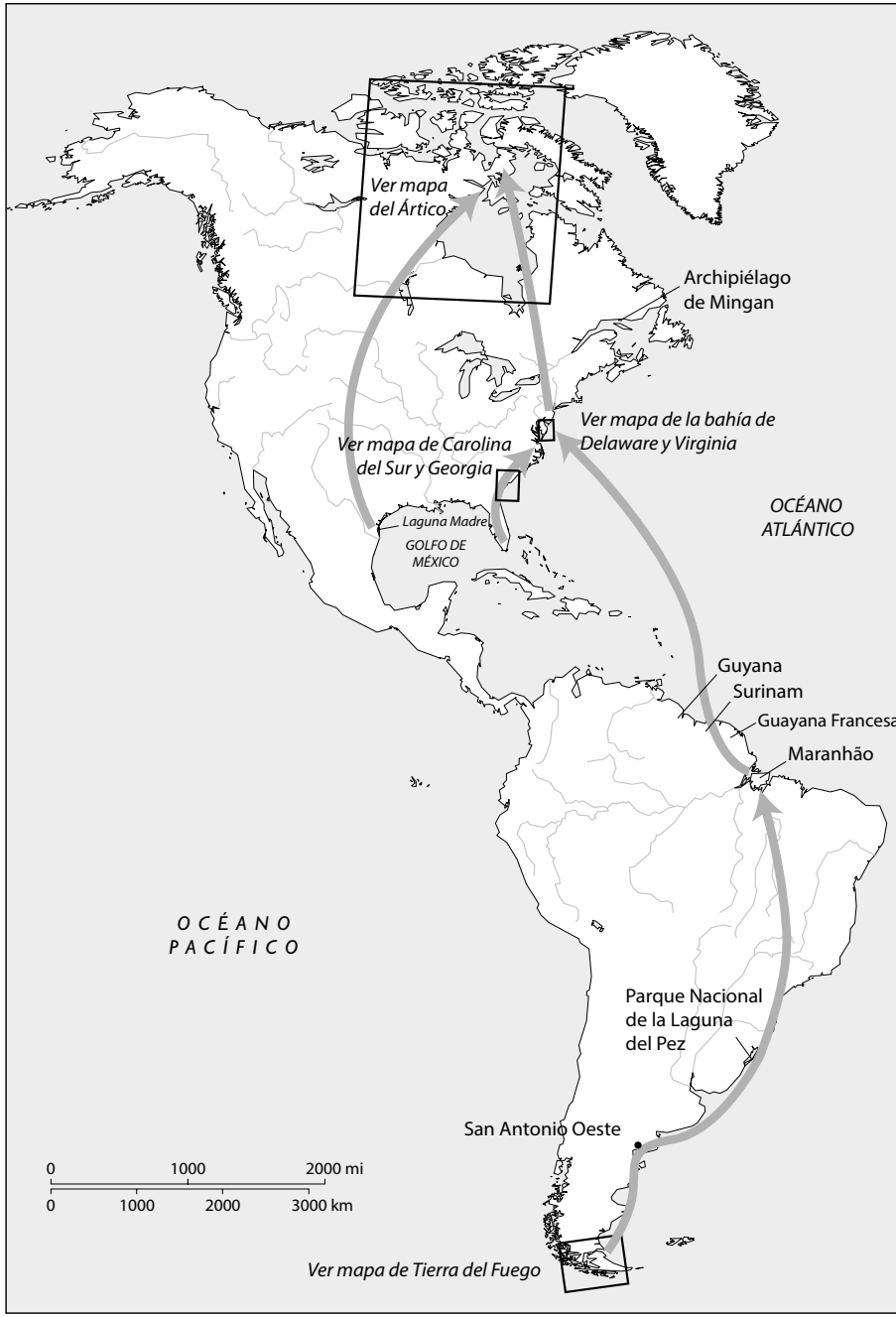
Los playeros rojizos, *Calidris canutus rufa*, que sigo en su ruta de migración, pertenecen a uno de los seis linajes de playeros rojizos que existen en todo el mundo. *Rufa*, la subespecie más joven de todos los *Calidris canutus*, es la que vuela las distancias más largas. Esta ave tiene muchos hábitats, cada uno, una parada de importancia fundamental, cada uno, un peldaño en la escalera entre Tierra del Fuego y el Ártico. Si se rompen apenas unos pocos escalones, el viaje entero corre peligro. Algunos ya se rompieron. Algunos se están reparando con resultados alentadores. Otros están en riesgo de romperse. La historia y la lucha de los playeros rojizos *rufa* es la historia y la lucha de toda su especie y de millones de aves playeras. ¿Qué sucedería si los perdiéramos para siempre?

Las aves playeras migratorias nos hablan. En el gran arco que dibujan sus recorridos, en la suave cadencia de sus cantos mientras los chorlos árticos atraviesan vastas marismas, en el apuro de los playeros mientras corren por la orilla, ellas nos

cuentan sobre nuestro mundo: cómo es, en qué se está convirtiendo y qué podría llegar a ser. En la calma solitaria que se siente en compañía de las aves en una isla fangosa inundada por la pleamar, en una playa a la luz blanca y helada de la luna en el verano ártico –donde sea que nos liberemos de la presión de nuestras vidas ajetreadas–, allí podemos oírlas y considerar quiénes somos y quiénes deseamos ser. A lo largo de un meridiano que recorre el planeta de norte a sur, veo a los playeros rojizos en sus numerosos hábitats, veo con mis propios ojos cómo viven día tras día y cómo nuestras vidas se entretejen con las de ellos a medida que cada vez más personas habitan en la delicada orilla que separa la tierra del mar. En el camino, la historia revierte mis opiniones sobre las armas, los cazadores y la caza, sobre cómo los seres humanos y la vida silvestre pueden compartir una costa cada vez más modificada y llena de gente y, en momentos en que el límite entre el mundo humano y el natural se disuelve, sobre lo que ahora significa el ser salvaje.

Siempre me han fascinado las muchísimas y extraordinarias maneras en las que la ciencia echa luz sobre nuestro mundo. Con belleza y claridad, nos permite adentrarnos en la vida de las aves playeras y de los cangrejos herradura y en nuestra costa en constante cambio. La ciencia puede sugerir una dirección, pero no basta para reparar nuestro mundo desgarrado. Nosotros tomamos decisiones desde otro plano. Siguiendo a los playeros rojizos, conozco a muchas personas comprometidas que año tras año, temporada tras temporada, procuran cuidar a los playeros rojizos y mantener sus hábitats en las orillas del mar intactos y a salvo: científicos, observadores de aves y todo aquel apasionado por las aves que no se considera observador, alumnos de secundaria y posgrado, biólogos eminentes y personas que se han dedicado a las aves playeras durante treinta o cuarenta años y que aun supuestamente jubilados siguen haciéndolo. Trabajan largas horas a lo largo de una ruta migratoria que abarca por lo menos 20 países, donde sus habitantes hablan por lo menos cinco idiomas distintos, donde se conoce al playero rojizo con muchos nombres diferentes y donde en un sitio no tiene nombre. Todos comparten el mismo sueño: recuperar la abundancia de un ave cuyas poblaciones han disminuido a un ritmo vertiginoso. Su servicio, arraigado en la ciencia, nace y se sostiene del amor.

En la bahía de Delaware tengo en la mano a un playero rojizo que ha volado de un extremo de la Tierra al otro no solo una vez, sino muchas veces. Esta ave diminuta tiene un instinto infalible para encontrar, en kilómetros de costas, aquellas playas con el alimento más abundante. Ha desarrollado formas asombrosas de emprender un vuelo agotador sin escalas una y otra vez. Puede procrear una nueva generación en el crudo verano ártico. Nuestras políticas humanas pueden ser muy distintas, nuestras necesidades y deseos pueden entrar en conflicto y nuestros valores pueden discrepar, pero esta ave nos une a lo largo de la costa de un solo continente americano, a lo largo de una ruta que no reconoce nuestras fronteras. Libero al playero rojizo, lo veo emprender vuelo y ruego que pueda continuar hasta encontrar guarida



Ruta migratoria del playero rojizo, *Calidris canutus rufa* (mapa elaborado por Bill Nelson. Fuente: Servicio Federal de Pesca y Vida Silvestre de los Estados Unidos).

y refugio en su viaje, temporada tras temporada y año tras año. El futuro nos depara preguntas difíciles: ¿compartiremos los seres humanos y la vida silvestre una costa cada vez más frágil?, ¿cómo? Viajando a lo largo de casi 120 grados de latitud desde un extremo del continente hasta el otro contemplando esas preguntas, comencé a sentir que, en palabras del poeta persa Hafez, "Todos los hemisferios en existencia se encuentran al lado del ecuador de tu corazón", donde, quizá, sea posible ver lo que tenemos delante, oculto a plena vista.